



## CAPÍTULO XVI.

**C**UANDO D.<sup>a</sup> Candelaria se desprendió de su marido para ir á ver al través de la ventana abierta, D. Trinidad comprendió que su mujer iba á promover un escándalo tan luego como viera destacarse sobre una mesa y perfectamente iluminado por un quinqué el conocidísimo sombrero canelo de Gumesindo. Su primer impulso fué ir á detenerla; pero no había ya tiempo y el insistir más en que D.<sup>a</sup> Candelaria no se acercara á la ventana, era abrir ancho campo á sus conjeturas y á sus celos. D. Trinidad quedaría libre de sospechas á trueque de que D.<sup>a</sup> Candelaria se enterase de que en aquella casa estaba su hijo, y no sabía qué preferir.

En esto D.<sup>a</sup> Candelaria había llegado á la ventana y contra todo lo que D. Trinidad esperaba, vió á su mujer detenerse apenas y seguir andando. Entonces D. Trinidad la alcanzó y se juntó con ella.

Habían cerrado la ventana.

D. Trinidad respiró, pero los celos de D.<sup>a</sup> Candelaria subieron de punto.

—¿Sabes, Trinidad, que esto va picando en historia? En resumidas cuentas, te has salido con la tuya de que yo no vea nada, y ahora que han cerrado la ventana me parece más significativa tu acción para hacerme pasar de prisa. Mira, Trinidad, tú tienes algo en esa casa que te importa que yo no vea.

—Supongo, replicó D. Trinidad, que no creerás que yo he cerrado la ventana.

—Ya se ve que no; pero la han cerrado muy á tiempo.

—Ha sido una casualidad.

—No es probable.

—O sospecharon que queríamos ver.

—Quién?



—No lo sé, esas gentes.

—Á quienes te empeñas en disculpar.

—Disculpar de qué?

—De impedirme que vea.

—Te empeñas en que es intencional?

—Me parece, y lo que es yo no me muevo de esta calle hasta que me desengañe.

—Pues me parece que haremos un bonito papel.

—Peor es el que hago yo cuando me quieres engañar.

—Pero entendámonos, mujer. ¿A qué hemos venido? A que tú te persuadieras de que desde la calle se pueden ver las camas de metal en el interior de esa casa.

—Bueno, y no hemos visto nada porque tú me has impedido que viera cuando pasamos.

—Pero no hay nada perdido, pasaremos por aquí otra noche.

—No, ha de ser ahora.

—Pero ya cerraron la ventana.

—Esperaremos para ver si vuelven á abrirla.

—Será como tú quieres, supuesto que te empeñas.

Don Trinidad entre tanto estaba en áscuas pensando en que su hijo estaba en aquella casa. Tenía que estar contando los momentos y temiendo á la vez que se le antojara á Gumesindo salir de aquel lugar en que su mujer tenía los ojos fijos. Pero mientras más pretendía persuadir á doña Candelaria á que abandonasen la empresa, más se empeñaba ésta en permanecer en aquella calle, con la esperanza de que abrieran la ventana, no ya para persuadirse de que las camas podían verse desde afuera, sino para averiguar por qué su marido la había obligado á pasar tan de prisa, precisamente en el momento en que iba á desengañarse.

Don Trinidad, por su parte, se arrepentía de aquel movimiento brusco que ejecutó instintivamente al conocer el sombrero de Gumesindo, y estaba arrepentido porque tal vez D.<sup>a</sup> Candelaria no se habría fijado en el sombrero ó hubiera sido fácil, ya sin



prevención, hacerla reflexionar en que debe haber muchos sombreros canelos que se parezcan. De todos modos, D. Trinidad necesitaba, ante todo, calmar la excitación de su mujer y no contrariarla ni oponer resistencia á sus deseos.

—Mira, la dijo, llegaremos despacio hasta la esquina y volvemos á pasar por si logramos ver la ventana abierta.

—Bueno, dijo D.<sup>a</sup> Candelaria, y así lo hicieron; pero la segunda vez que pasaron la ventana permanecía cerrada.

Repitieron el paseo varias veces con el mismo resultado; y como la curiosidad de D.<sup>a</sup> Candelaria se excitaba más con estas contrariedades, no había modo de hacerla desistir de su empeño. La última vez que pasaron, D.<sup>a</sup> Candelaria se atrevió á fijar el oído al través de la puerta.

Se levantaban, en medio de un rumor sordo, como el que produce un conjunto de voces, algunas palabras pronunciadas en voz alta y con acento de cólera.

—¿Oyes?

—Pero, mujer, no te detengas! si van á abrir.

Y D. Trinidad obligó á su mujer á separarse.

—Vamos, vamos, exclamó impaciente D.<sup>a</sup> Candelaria; parece que tienes un empeño decidido en contrariarme.

—Pero con razón, mujer; ¿no reflexionas que ésa es una casa mala, y que aunque no nos conocen aquí, siempre es muy notable que una señora esté pretendiendo espiar por la cerradura y enterarse de lo que pasa en el interior?

—Si fuera todo por simple curiosidad, vaya V. con Dios; pero no es eso. Es que yo tengo empeño en averiguar que me engañas, y en aclarar qué clase de interés tienes en que yo no vea ni escuche al través de la ventana, cuando precisamente á eso venimos.

—Que sea lo que tú quieras, dijo D. Trinidad, retornando con su mujer y parándose frente á la puerta de aquella casa.

El rumor había crecido, y se oía la voz de



un hombre apostrofando y maldiciendo. Varias voces de mujeres se levantaban en tono de súplica y ya no podía dudarse que se trataba allí de un altercado entre dos hombres.

—Insistes aún? preguntó D. Trinidad.

—Sí; contestó secamente D.<sup>a</sup> Candelaria, pegando el oído á la puerta.

En este momento resonó en el interior la denotación de un arma de fuego y se oyeron varios gritos.

—Mi hijo! gritó á su vez don Trinidad, y empujó la puerta y se precipitó en el interior de la casa.

Doña Candelaria no pudo articular una palabra; pero lo comprendió todo.

Su primer movimiento al pensar en Gumesindo, fué seguir á su marido; pero en ese momento se oía el ruído de un cerrojo y atrancar la puerta.

D.<sup>a</sup> Candelaria miró en torno suyo. En ambos extremos de la calle se agitaban las linternillas de los guardas, que simultáneamente habían dejado su puesto de observación al oír el tiro de pistola.

Un momento después D.<sup>a</sup> Candelaria estaba rodeada por tres gendarmes.

—Dónde fué el tiro? le preguntó uno.

—Aquí. Adentro.

—Y V. qué hace aquí? le preguntó otro.

—Pasaba por aquí.

—A ver, tóqueles á esas brujas por la ventana.

Así lo hizo un gendarme, mientras otro golpeaba la puerta con su garrote.

Varios vecinos abrieron su balcón atraídos por la alarma que habían difundido los guardas *echando pito* y algunos transeuntes se habían detenido frente á la casa del escándalo. D.<sup>a</sup> Candelaria estaba perpleja sin saber que partido tomar.

—Pero V., señora ¿qué hacía aquí? preguntó un gendarme á D.<sup>a</sup> Candelaria.

—Déjala, dice que iba pasando.

—Yo creo que no *tanainas*, replicó el guarda levantando la linterna y alumbrando la cara de D.<sup>a</sup> Candelaria, y luego añadió: siempre *jale por ahí* por sospechosa.

—Yo sospechosa? Ave María Purísima.



—Jale, insistió el guarda enseñando la pistola.

—Jesús, María y José! exclamó al verla D.<sup>a</sup> Candelaria.

—Jale! repitió el guarda.

Y al pretender apartarla de la puerta, á la que seguía el otro guarda llamando con estrépito, D.<sup>a</sup> Candelaria estuvo á punto de desfallecer.

—Por amor de Dios, señor, exclamó, yo no puedo dejar allí á mi marido y á mi hijo.

—Qué tal la que pasaba! dijo otro guarda; á la *ispección*.

En esto abrieron la ventana.

—Qué ze ofreze? preguntó desde adentro una voz andaluza.

—Qué se ha de ofrecer, que abran la puerta.

—A quién hombre, á la Justizia? No hay para qué.

--Aquí tiraron un tiro.

—No, chico; que tiro ni que nada. Aquí todo está en paz.

—Sí, hombre, todo está tranquilo, agregó

una valenciana de ojos negros y empolvado semblante.

—Abran, les digo, insistió el guarda, ó echamos la puerta abajo.

—Para qué vamos á abrir, si somos señoras solas.

—Sólas? preguntó con sorna un guarda.

—Sí, hombre, solitica como la *monja*.

—Con que solas, y dice esta señora que adentro están su marido y su hijo.

—Quién dice eso?

—Esta señora.

—Usted lo dice? preguntó la andaluza.

—Sí, sí, ahí están, ahí están, dijo D.<sup>a</sup> Candelaria llorando á lágrima viva.

—Abran, abran, repetían los guardas.

—Cuántos hay adentro?

Esta pregunta no tuvo contestación, porque desapareciendo las mujeres de la ventana se abría la puerta. Penetraron tres guardas y otro quedó en la calle cuidando á D.<sup>a</sup> Candelaria.

El número de curiosos y de guardas había aumentado.



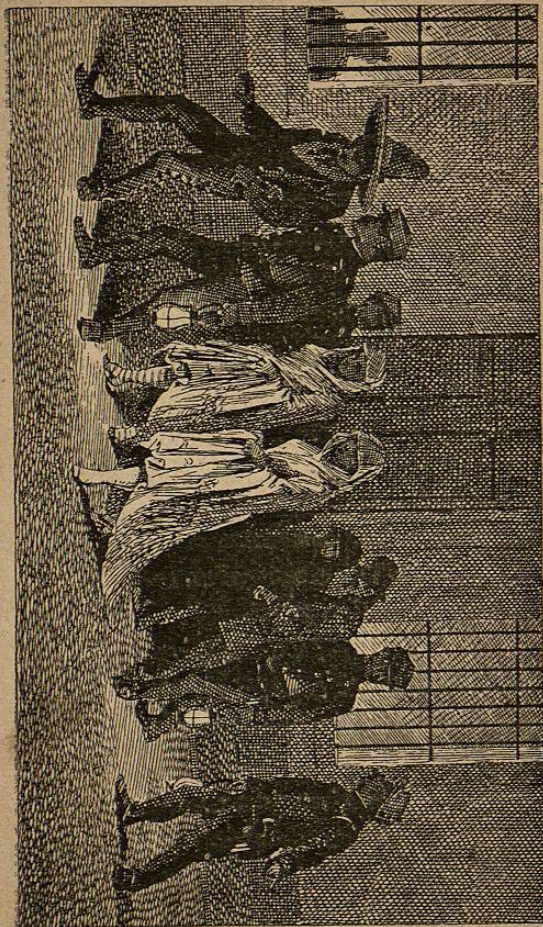
No bien penetraron los guardas, la algazara subió de punto, aumentaron los gritos y las voces chillonas y destempladas, las amenazas de los guardas y el ruido de puertas.

Un transeunte curioso compadecido de las lágrimas de D.<sup>a</sup> Candelaria se acercó á consolarla y á ofrecerle su protección.

De repente se abrió la puerta, y, custodiados cada uno por un guarda, fueron saliendo D. Trinidad, Gumesindo y un joven desconocido, al parecer de familia decente, y dos de aquellas mujeres lujosamente vestidas; Gumesindo se tapaba la cara con un pañuelo. D. Trinidad estaba pálido y desencajado.

La luz de una linterna iluminaba el rostro de D.<sup>a</sup> Candelaria. Cuando Gumesindo salía se detuvo bruscamente y se cubrió más, no sin haber habido tiempo para que se cambiara una mirada entre madre é hijo. La escena de tumulto del interior había tomado un caracter de solemnidad y de silencio al emprender la marcha hacia la inspec-

Iba por delante Gumesindo...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉO.  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

N.º 1475 MONTERREY, MEXICO



ción de policía; la comitiva desfilaba en este orden: Iba por delante Gumesindo, custodiado por un guarda, pistola en mano. Seguía D. Trinidad al lado de otro guarda; después el joven desconocido. En seguida dos mujeres vestidas de blanco que levantaban sus largos vestidos dejando ver su calzado de baile; llevaban *salidas de teatro* en la cabeza, y por último, D.<sup>a</sup> Candelaria entre un guarda y aquel señor curioso que le había ofrecido su protección. Seguía á este grupo otro de transeuntes, vecinos curiosos, cuyo número había aumentado considerablemente.

Manuelito y Carlos entretanto eran felices por que se consideraban enteramente dueños del campo. Como sabemos, aquel criado diligente y listo estaba apostado con objeto de trasmitir la alarma á los amantes en caso necesario. Clara por su parte era tan feliz que ya no veía claro, tanto por efecto de tres copas de Champagne que la había obligado á tomar Carlos, cuanto porque la consecuencia precisa de aquella entrevista



debía ser que las cosas se pusieran cada vez más turbias.

Este crepúsculo es en el que las mujeres llegan al apogeo de sus atractivos como las flores en el momento de extender el último de sus pétalos al salir el sol.

Clara no era precisamente una belleza, y apesar de su apego á las modas francesas y de sus relaciones con las hijas del juez de letras de su pueblo, no había dejado completamente el pelo de la dehesa. La lectura de novelas no la había podido arrancar su acento de fuereña.

Su color, no obstante los afeites, tenía esa palidez amarillenta de la raza mestiza pero sobre el cual no se desdeñaba de aparecer, en fuerza del vigor de los diez y siete años, las rosas de su primavera. Tenía los ojos muy negros y el pelo lacio y negro azabache como el de la raza indígena, y si á esto se agregaba una dentadura irreprochable que enseñaba, con la franqueza con que lo hacen las bocas grandes, se tendrá una idea de su fisonomía.

Manuel no se había separado de su lado hacía dos horas hablando con ella en voz muy baja.

En cambio Carlos y Lupe habían agotado la materia de las trivialidades, hablando en voz bien alta, y esperaban poniendo largas pausas de silencio en su conversación.

Clara iba entrando más y más en las redes que le tendía Manuelito, quien no vacilaba en pronunciar los más solemnes juramentos.

—Mi familia, le decía, me consiente mucho; es cierto que mi padre no quiere que me case tan joven, pero mamá me ayudaría admirablemente llegada la ocasión.

—De veras? preguntó Clara con cierta ingenuidad.

—No lo dudes, hasta ahora me he salido en casa con hacer todo lo que quiero.

Habían dado ya las diez y tanto Clara como Lupe empezaban á encontrar muy desusado el retardo de sus padres; pero Carlos las consolaba asegurándoles que no debían tardar, no sin hacer votos interior-



mente porque aquella ausencia se prolongara más todavía.

—Estoy impaciente porque lleguen porque deseo que nos acompañen á tomar una copa.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras cuando llamaron á la puerta. Manuelito se paró en el acto para ir á abrir.

—Mi mamá, exclamó Lupe.

—Ya era tiempo, dijo Clara.

Carlos se puso de pié y esperaban todos ver entrar á D.<sup>a</sup> Candelaria y á D. Trinidad, cuando Carlos, á quien el criado del hotel acababa de decir una palabra al entreabrir la puerta, salió al pasadizo.

—Qué sucede? le preguntó.

—Venga V. por acá.

Y cuando se hubieron apartado lo bastante para no ser escuchados.

—Aquí está un papel que el señor D. Trinidad manda á las niñas.

—Bueno, y para eso me llamas aparte?

—Sí, porque ese papel debe tener algún misterio.

—A ver, dijo Manuel tomándolo y acercándose á un farol para leerlo.

—«Queridas hijas,» leyó. «No tengan cuidado por nosotros porque un negocio imprevisto podrá detenernos quizá toda la noche.—*Trinidad.*

—Cosa más rara! Quién trae este papel?

El criado acercándose entonces al oído de Manuel, le dijo en voz muy baja.

—Un gendarme.

—Y qué crees?

—Yo conozco al gendarme, es D. Abundio, y dice que los amos están en la *Tlalpiloya.*

—Es posible!

Y después de una pequeña pausa, dentro de la cual cupo sin embargo un pensamiento que encerraba la más grande de las infamias, Manuel tomó al criado por la mano y le dijo con voz convulsa:

—Bueno, nosotros nos quedaremos á acompañar á las niñas.

—Ah, qué patrón, dijo el criado rascándose.

—Pero oye, que nadie lo sepa. En to-